

No hay dos sin tres

Notas sobre el tríptico *El Acuerdo*, 2004

Teresa Arozena

¿Cómo abordar la representación de una pareja?

En la imagen central hay un *doble* de la mujer como un pasajero clandestino sentado en la parte de atrás del coche. Se ve por el espejo retrovisor, podríamos acordar que ésta es la visión del hombre, pero también diríamos, por la foto de la izquierda, que ella está sentada a su lado, delante, mirándolo a la cara, y que él a su vez tiene la vista proyectada, perdida hacia afuera, hacia allí desde donde viene *alguien*. El *otro* desde los árboles. Y ese *otro* que viene de lo oscuro y frío, desde el afuera mismo, mira hacia el coche y lo ve como una casita iluminada, como un hogar, una lumbre.

¿Por qué representar a una pareja?

Podría decirse que para que esta pregunta fuera posible tuve que experimentar ciertas vivencias. La primera, el hecho de abrazar la vida en pareja como mi proyecto de vida. Pero después existían otros motivos más turbios, más allá de las ineludibles intenciones autorrepresentativas o autobiográficas.

El más lejano en el tiempo consistía en una poderosa imagen-recuerdo que me acompañaba desde la adolescencia. Nunca me quité de la cabeza ese extraño momento que se repetía a menudo en mi vida pasada, al llegar de noche a casa. Me resulta ahora tremendamente fácil evocar con detalle esa imagen de la mesa de la entrada, el desorden de pétalos caídos alrededor del jarrón, sobre la caoba brillante, interrumpiendo el rectilíneo brillo de las bandejas de plata con inscripciones.

Desgajarse en múltiples direcciones. Esta idea se me antojaba como una especie de programática. La imagen de los pétalos esparcidos sobre la mesa iba acompañada de la sensación extraña –casi mediúmnica– de que algo se había manifestado en un momento de ausencia, en un instante secreto, tal vez en lo más oscuro de la noche, y ahora nos ofrecía sus señales a los ojos. Naturaleza muerta, espectáculo de un cuadro holandés, que no devuelve otra cosa que los indicios de la escena de un crimen inacabable.

Ese jarrón, esa mesa, esas inscripciones, pertenecen a mis padres. Configuraban entonces su orden familiar, la entrada al hogar, el portal hacia su núcleo de intimidad fundado entorno a una identidad compartida.

#

Base misma de la organización social, la “máquina binaria” de identidad que la pareja hace efectiva presenta siempre una naturaleza inequívoca: la del acuerdo, la negociación.

Por otro lado, resulta bastante sencillo extrapolar esta idea al propio sistema de la representación. A poco que indagemos en él resultará evidente cómo asimismo *el punto de vista* es siempre negociable, siempre es un juicio, una jurisprudencia, un

acuerdo. A la luz de estas ideas la elección de “representar a la pareja” incurría en una redundancia, en una especie de eco barroco que me resultaba interesante.

Dicha representación debía autocontener el arquetipo social de la pareja, que necesariamente remite al mito originario del jardín del paraíso, ese estado de unicidad perdida, oxímoron que fusiona la mayor intimidad, la mayor *interioridad*, con la naturaleza en su sentido más amplio, el mundo, la *exterioridad*. Era fácil aplicar estas nociones a un espacio contemporáneo muy concreto: el de la cabina de un coche, lugar por excelencia desde el que se experimenta la Naturaleza, *microhogar* encapsulado desde el que ver el *road movie* de la exterioridad.

No obstante esta extrapolación espacial no era suficiente. Deseaba incorporar en mi imagen aquel presentimiento de pétalos desgajados que dispensaba el desasosiego necesario en la representación, en la operación identitaria, que nos recordaba el crimen interminable. Crimen que, por otro lado, acompañaba ya a la propia imagen arquetípica de Adán y Eva en el paraíso. Desgajarse en múltiples direcciones, en múltiples líneas (de visión, de pensamiento, de ser) como una especie de pauta de la imagen, una fórmula operatoria. Es así como surge la necesidad del tríptico. La multiplicación de los puntos de vista mediante la secuencia desarrollada en él convierten a la pareja, a la máquina de fijación identitaria, en una multiplicidad, en algo que se torna en gran medida indeterminado, compactado tan sólo bajo la movediza configuración del acuerdo.